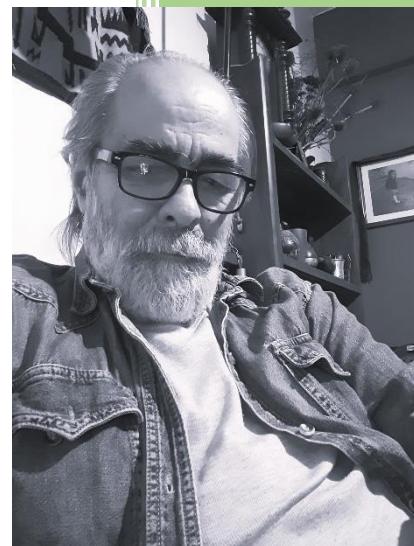


*la estepa florecida*

# Alejandro Mendez Casariego



*poesía*

De *El elefante de cartón*

### **La huella del elefante**

Nadie más recuerda al elefante de cartón.

Vaya uno a saber de qué escondite o recoveco

lo voy recuperando.

Parte de lo que fue debe existir aún

como pelusa o sedimento

o como polvo molesto en el agua de los ojos.

O quizás sobreviva casi intacto

en el espacio nunca hollado del cuartito del fondo.

De lo que no tengo dudas

es de haberlo visto venir

pisando las baldosas del patio o casi inmóvil,

con esa oscilación inexplicable

que suelen tener los elefantes

cuando están por llorar o desplomarse.

Su huella se instala en el principio

casi única, soberbia entre objetos de uso cotidiano

y escribe la primera cuartilla de la trama:

un apenas saber sobre las cosas:

cuerpo, sustancia y dolor de lo que empieza a ser.

De *Los réprobos*

### Los geómetras

En resumen, obligamos a las cosas  
a desplegarse dentro de sus límites, pero fuimos  
en la prolífa tarea de cortar por sus bordes  
los planos de la lógica, tan ingenuos  
que no vimos venir hacia nosotros  
la larva del posible error, del caso no previsto  
o la materia distinta,  
no indicada en la nomenclatura  
cuyo comportamiento errático demanda  
puntos de vista móviles.

Cuando por fin lo supimos, era tarde  
habíamos acostumbrado al mundo a número exactos,  
a armonías inviolables.

Nuestra duda  
finalmente devolvió los hombres a sus dioses,  
el pánico a su lugar rector  
y a nosotros  
los geómetras  
a nuestros cálculos sombríos,  
que sólo serían considerados  
cuando fuéramos arena en aquel territorio  
que no requiere ser constatado ni medido.

De *Los dioses del hogar*

(penates)

Este hombrecito  
tallado sobre madera dura  
es mi padre.

Los ojos, que son puntos  
hundidos en un semblante tosco  
parecen brillar de todos modos.

Más atrás, mis hermanos  
trazados en un material noble  
se pueden distinguir por la estatura  
y aquello que  
mirado desde cerca  
podría decirse que son gestos  
o actitudes.

Mi madre, en cambio, está fuera del círculo  
pero no es una  
sino dos sombras distintas:  
una ampara y vigila.

La otra no.

### **La Muerte**

Todo aquello que hacíamos  
-lo que les voy contando- encerraba  
alguna clase de peligro  
pero nada era realmente mortal en aquel tiempo  
más que Cristo en la cruz, y algunas vacas  
que se pudrían debajo de los árboles  
los cuerpos estampados y secos  
de sapos sobre el polvo del camino  
noticias que llegaban  
pero que ya habían vaciado de pena  
la distancia y la falta de interés.

Las gallinas eran otra cosa:  
las conocíamos por el nombre  
y su sacrificio, visible y cotidiano  
era lo más cercano a la pérdida que podíamos asumir.

Nadie que importara murió en aquellos esos años  
por lo tanto veíamos a la muerte  
como la de esos extras  
que hacían de Sioux en los largometrajes del oeste  
muertos heroicamente en la primera batalla  
pero cuyos fantasmas luchaban  
con el mismo valor en la siguiente  
en una secuencia sin fin que nos metió la idea  
de que la vida era algo giratorio  
que repetía para siempre las escenas

modificando el escenario

sin terminarse nunca.

### **La Calesita**

En el arrabal del sueño dos gitanos  
oscuros de café  
desmontan una calesita  
en el baldío que agoniza  
justo frente a nuestra casa.

Liberan el eje  
que está hundido en la tierra  
hasta las raíces del hinojo  
desarticulan sus brazos de mamboretá  
que llevaron por el mundo circular  
al Minotauro  
a la berlina sin caballos  
al fantasma de sombra prófuga  
que hilaba miedos para niños entre los bastidores  
y en ese espacio negro  
detrás de los castillos pintados en la chapa  
la bruja del dolor urde su trama infalible  
para las noches del futuro.

En el invierno de antes  
sobre una colcha de niebla  
dos gitanos miran la borra del café  
escupen en el fuego  
detienen el giro de las cosas  
cierran el cerco.

De *La mujer del Samurái*

## 影

### Sombras (Kage)

Si la luz del farol  
no hubiera  
tocada por la brisa  
vacilado sobre tu semblante  
y no se hubieran  
perfilado las sombras  
como fantasmas delatores sobre  
lo más puro y verdadero  
de tus rasgos  
-no aquellos  
revelados en la claridad del día  
que atraviesa el papel  
y todo lo empareja;  
no los gestos aprendidos  
en los preceptos del bushido  
o en el tallado por la autoridad  
que emana de quién eres  
sino en lo que aquella vacilación  
ese desplazamiento  
tembloroso  
del trazo de la luz  
mostró por un instante-  
no hubiese visto  
al hombre  
que en la menguada luz  
aún me reconoce.

La mesa, en un extremo, cubierta  
por un mantel amarillo, en una lámpara  
grabados los signos de Esculapio:  
la vara, la serpiente, las palabras  
que nunca desciframos.

Así se instalan los primeros miedos.

La luz que proyectaba  
la pantalla encerada  
bajaba cónica, como un vestido de ángel.  
Lo demás era oscuridad abierta  
hacia la amenaza de los corredores.

El terror era una entidad hueca,  
una certeza de ausencia  
para siempre. Que ya nadie viniera  
que no hubiera, en el pasillo,  
ningún tránsito,  
que nadie más entrara.

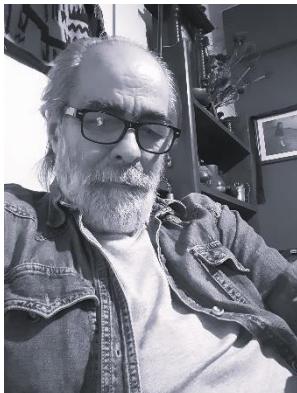
El primer miedo,  
descubrimos después,  
es parecido al último.

**1**

Dejar pasar el poema.  
Permitir que ese impulso de belleza soplada,  
simplemente gotee,  
que sea breve el instante  
en que la luz se imponga  
y aérea la memoria.

No escribirlo,  
para que crezca libre del sello de mi nombre  
y no contenga ninguna circunstancia.

Allí estará, de todos modos  
y será limpio y vasto su contorno.



**Alejandro Méndez Casariego** nació en la ciudad de Buenos Aires, Argentina, en 1952. Estudió Profesorado de Historia en la Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza. Habiendo escrito prosa durante buena parte de su vida, sin llegar a publicar, se encontró con la poesía a fines de los 90. Codirigió el ciclo de poesía “El Orate y la Musa”, junto a Gerardo Lewin y José Emilio Tallarico durante más de una década. Junto con Gerardo Curiá y Lidia Rocha, condujo el ciclo Poesía de Verano, en los años 2020 y 2023. Coordinó el taller de poesía de La Calle Larga de Avellaneda durante algunos años, y varios talleres y clínicas de poesía y traducción desde el año 2002 a la fecha. Publicó los libros de poesía *El elefante de cartón* (Ed. Patagonia, 2003), *Los Réprobos* (Ed. Patagonia, 2007), *Los Díoses de Hogar* (editorial Deacá, 2015), *Pielas Rojas* (Editorial Deacá 2017), *La mujer del Samurai* (La Gran Nilson 2019), *Un lugar entre los ojos* (La gran Nilson, 2023) y *Punto de Fuga* (Mascarón de proa, 2024). Es autor de ensayos y traducciones de poesía del y al inglés. Vive desde 1986 en la Ciudad de Buenos Aires.

